



Asunción y Cremación

Solemnidad de la Asunción

Apoc 11,19; 12,1-6, 10; 1 Cor 15,20-27; Lc 1,39-56

“La Inmaculada Virgen, preservada libre de toda mancha de pecado original, cuando terminó su vida terrenal, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria celestial y exaltada por el Señor como Reina sobre todas las cosas, para que pudiera estar más plenamente conformada a su Hijo, el Señor de los señores y conquistador del pecado y la muerte”.

Estas fueron las palabras con las que el papa Pío XII proclamó el dogma de la Asunción hace 53 años, solemnizando la creencia de los Cristianos a lo largo de los siglos. La santísima Madre fue llevada en CUERPO Y ALMA al cielo por Dios. Por lo tanto, esta es una fiesta única en el calendario de la Iglesia. Celebramos a muchos santos durante el año, quienes, a través de la presencia de milagros que Dios concede mediante su intercesión y la virtud heroica de sus vidas en la Tierra, son declarados en el cielo (pero solo sus almas están en el cielo, esperando la reunión con sus cuerpos en la resurrección del último día). Con María, celebramos algo más: la realidad de que no solo su alma está en presencia de Dios en el cielo, sino también su cuerpo. Tanto su alma como su cuerpo están experimentando la beatitud eterna.

Así, esta fiesta es más que una mera celebración en honor de la Madre bendita. Es una celebración del cielo, una celebración del hecho de que un día aquellos que viven y mueren en el Señor, como ella lo hizo, pasarán la eternidad en el cielo en cuerpo y alma, junto a ella, junto a su hijo, con todos los ángeles y santos que nos han precedido. Como dijo el papa Pío XII en 1950, “la Asunción de la Santísima Virgen es una participación singular en la resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de otros Cristianos”.

El cielo es nuestra vocación final. Somos llamados allí por Dios. Pero Dios nos dejó libres para aceptar esa oferta o rechazarla, y la aceptamos o la rechazamos en cada decisión moral que tomamos. Cada elección moral está orientada hacia el cielo, hacia Dios, hacia el amor real, hacia la eternidad, o lejos de Dios a través del pecado. La exaltación de María como ejemplo para nosotros de lo que se trata el discipulado nos muestra también el camino hacia el cielo, que comienza con el deseo de hacer la voluntad de Dios, de decir “sí” a Su voluntad como ella lo hizo a través del arcángel Gabriel, incluso cuando es difícil. El Reino de los Cielos se anticipa aquí en la Tierra cuando hacemos la voluntad de Dios. Jesús nos enseñó esta verdad en el Padrenuestro. Los judíos solían usar “coplas” en sus oraciones, repitiendo el mismo pensamiento en líneas sucesivas con palabras diferentes. Por ejemplo, María dice en el Evangelio de hoy: “Mi alma glorifica al Señor; mi espíritu se regocija en Dios mi salvador”. Ella oró más o menos lo mismo en palabras diferentes. Jesús sigue el mismo modelo cuando nos enseña a orar: “¡Venga a nosotros tu reino! Hágase tu voluntad en la Tierra como en el cielo”. El reino de Dios viene cuando se hace Su voluntad. Anticipar el reino de los cielos aquí en esta vida y entrar a él eternamente se logra haciendo la voluntad de Dios, amando como Cristo nos amó, cumpliendo sus mandamientos como Cristo lo hizo, poniendo nuestro tesoro en Dios y eligiendo a Dios en nuestras decisiones, tal como los santos lo hicieron en la Tierra y siguen haciéndolo en el cielo. El cielo es el lugar para aquellos que aman la voluntad de Dios y la cumplen. CS Lewis solía enseñar que en última instancia hay dos tipos de personas en el mundo: aquellas que le dicen a Dios “¡Hágase tu voluntad!” y aquellas a quienes Dios les dice “¡Hágase TU voluntad!”, porque a lo largo de su vida dijeron “¡Hágase MI voluntad!” Dios respetó nuestra libertad tanto que le dio consecuencias eternas a las decisiones que tomamos. Todo el sentido de la vida humana es elegir bien.

-continued on next page-

Hoy celebramos el hecho de que María, la Santísima Madre, eligió a Dios. Su “sí” no era una cosa de una sola vez, sino una elección continua en su vida, un permanente “hágase conmigo conforme a tu palabra”. Su “sí” a Gabriel fue precedido por años de decir “sí” a Dios a través de la oración. Fue sucedido por una larga serie de “sí” diarios, especialmente, aquel heroico que dijo al pie de la cruz, cuando su propio corazón fue atravesado por el dolor, tal como lo profetizó Simeón. Ella eligió a Dios con todo su ser, un ser que “glorificó al Señor y se regocijó en Dios su salvador”. Y Dios la llevó al cielo en plenitud, en cuerpo y alma.

Esta fiesta de la Asunción de María nos enseña también algo muy importante sobre el destino eterno de nuestro cuerpo humano: Nuestros cuerpos están destinados finalmente al cielo, no solo nuestras almas. Nuestros cuerpos resucitarán para reunirse con nuestras almas eternamente. Debido a que el cuerpo de María nunca conoció el pecado, su cuerpo, como el de su Hijo, no conocería la corrupción al final de su vida terrenal y sería llevado al cielo por Dios. Nuestros cuerpos, que sí conocen el pecado, experimentarán la corrupción de la muerte, que es la consecuencia del pecado, pero al final de los tiempos se levantarán para reunirse con nuestras almas eternamente. Debido a que nuestros cuerpos están destinados al cielo, a Dios, para la eternidad, la Iglesia siempre ha tenido una gran veneración por el cuerpo humano en la vida y en la muerte. Ella muestra esta reverencia de una manera particular cuando cumple la obra espiritual de misericordia de enterrar con reverencia el cuerpo humano en anticipación de la resurrección en el último día. Y para los primeros Cristianos el entierro siempre tomó una forma específica. En medio de una cultura pagana que no creía en la resurrección del cuerpo (una cultura que pensaba que la afirmación católica de que Jesús resucitó de entre los muertos era absolutamente absurda) y casi siempre cremaba a sus seres queridos, los primeros Cristianos, en la anticipación fiel de la resurrección del cuerpo, enterraron a sus muertos de cuerpo entero. Siguiendo la enseñanza de san Pablo en su primera carta a los Corintios (1 Cor 15,35-49), ellos vieron el cuerpo humano como una semilla que plantarían en la Tierra y que, como cualquier semilla, moriría, pero luego germinaría en la vida eterna en la resurrección de los muertos. Comúnmente marcaron sus tumbas con inscripciones que indicaban que los cuerpos estaban ahí temporalmente, “durmiendo con Cristo” o “depositados” en anticipación de una “salida” divina posterior. La manera en que los Cristianos enterraron a sus muertos dio testimonio al mundo de su fe en la realidad de la resurrección física de Cristo y del destino eterno del cuerpo humano en la resurrección y los muertos. Esto puso en acción lo que los Cristianos profesamos en el Credo: “Creo... en la resurrección del cuerpo y en la vida eterna”.

Hoy vivimos en una cultura que ya no cree realmente en Cristo y en el hecho de su resurrección. Muchas personas, incluidos los Cristianos sin saberlo, se han convertido en platonistas acerca de la vida después de la muerte y piensan que solo las almas sobreviven. Muchos no Cristianos dudan de la existencia de cualquier vida después de la muerte y, por consiguiente, a menudo, eligen vivir para esta vida solamente, como si esto fuera todo lo que hay. En medio de esta cultura neopagana que ya no cree en lo que el Hijo de Dios reveló acerca de la vida después de la muerte, no es sorprendente que, como los primeros paganos, la gente esté cremando a sus seres queridos cada vez con más frecuencia. Y tampoco debería sorprendernos que muy a menudo, después de cremar a sus seres queridos, las personas hacen todo tipo de cosas que no se ajustan a la dignidad sagrada de los restos humanos, como esparcirlos en playas o desde aviones y barcos, o tratarlos como una posesión y mantenerlos en casa, donde todo tipo de cosas les han ocurrido y pueden ocurrir con el tiempo. Muchos ya no ven el sentido, muchos ya no ven el valor de enterrar a sus seres queridos como Jesús fue enterrado. Gracias a Dios, José de Arimatea logró conseguir el cuerpo de Jesús para que las devotas mujeres judías lo ungieran y enterraran en anticipación de su resurrección. Si Jesús hubiese estado en manos de mujeres paganas o si los soldados paganos romanos lo hubiesen tenido, lo más probable es que lo hubieran cremado. ¡Imagine eso! Cuando Jesús hubiera resucitado, todo el mundo habría pensado que era simplemente un fantasma, y no habría existido manera de probar lo contrario, porque no habría habido una tumba vacía y podrían haber vaciado de alguna otra manera la urna en la que hubiese estado cremado.

La Iglesia Católica, imitando a Cristo que fue enterrado de cuerpo entero, y en testimonio evangélico de la verdad de que todos los cuerpos resucitarán en el último día y, en el caso de quienes han elegido a Dios, pasarán la eternidad en el cielo, PIDE ENCARECIDAMENTE A TODOS SUS HIJOS QUE ENTIERREN DE CUERPO ENTERO A SUS SERES QUERIDOS. Desde 1961, la Iglesia ha permitido la cremación “en CIRCUNSTANCIAS EXTREMAS”, si no se hace como una negación explícita de la resurrección del cuerpo. Sin embargo, desde que la Iglesia comenzó a permitir esto “en circunstancias extremas”, cada vez más católicos han comenzado a cremar a sus seres queridos en circunstancias ordinarias. Las circunstancias extremas se referirían a un cuerpo descubierto en avanzada descomposición, o a complicaciones financieras extremas o a grandes inconvenientes que pueden ocurrir, por ejemplo, cuando alguien muere muy lejos y las dificultades de transporte y los costos son infranqueables. Pero una vez un feligrés me preguntó: “¿Qué hace la Iglesia cuando una persona que no está consciente de la enseñanza de la Iglesia ha pedido en su testamento que lo cremen bajo «circunstancias no extremas»?” Respondí que, por lo general, la Iglesia no va a aumentar el dolor y el sufrimiento de la familia con el rechazo de un funeral y un entierro Cristiano, siempre que las cenizas vayan a ser enterradas respetuosamente como la Iglesia lo requiere. Muy perceptivamente, el feligrés dijo entonces: “Bueno, Padre, supongo que el momento para hablar con la gente acerca de la enseñanza de la Iglesia respecto de la cremación es antes de que mueran y pidan ser cremados”. Tiene razón. Por eso lo hago ahora, en esta fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María al cielo, en cuerpo y alma, que es una de las pocas veces durante el año en que tal tema sería relevante en una homilía. Sé que este no es un tema fácil para todos. En este punto, probablemente hemos conocido seres queridos que fueron cremados y que eran muy buenas personas. Pero en la mayoría de las circunstancias, supongo, la mayoría de ellos no sabían lo que la Iglesia enseñaba respecto al asunto y, probablemente, habrían optado por ser enterrados como Cristo si supieran que esa era la preferencia clara e invariable de la Iglesia en todas las circunstancias, excepto en las extremas. El punto de esta homilía no es señalar al pasado ni juzgar la decisión de nadie, sino tratar de frenar la marea y asegurarse de que los Católicos sepan lo que la Iglesia pide, para que puedan elegir bien. A aquellos que podrían estar pensando en ser cremados, les pido, en nombre de la Iglesia, que lo reconsideren. Demuestren con su elección de ser enterrados como Cristo que ustedes creen en la verdad de la resurrección del cuerpo, en un mundo que ya no cree realmente en ello. Den testimonio del hecho de que son Cristianos en la vida y en la muerte y quieren seguir a Cristo, el camino, todo el camino, incluso en la forma de ser enterrados.

¡Todos somos llamados al cielo en cuerpo y alma! Cada decisión que tomamos en este mundo es dirigida a Dios (dirigida a esta vida eterna y al amor con Él en el cielo) o dirigida a un falso dios que no puede salvar. En este día festivo de la Asunción, Dios coloca ante nuestros ojos a la Santísima Virgen María, a quien elevó al cielo para ser la Reina del Cielo y de la Tierra. Ella nunca dejó de decir “sí” a Dios, atesoró la palabra y la voluntad de Dios tanto que esa palabra tomó su carne y habitó entre nosotros. Al prepararnos ahora para recibir el cuerpo resucitado de su Hijo en la Santa Comunión (el cuerpo y la sangre que Él recibió de ella en la Encarnación), le pedimos a ella que ore y nos ayude para que imitemos a su Hijo en todo, y le digamos al Señor con cada opción que elijamos: “Señor, este es MI cuerpo, entregado a ti”. Este es el camino que María nos muestra, quien, al dar su cuerpo y alma al Señor, logró que Él los elevara a la gloria eterna.

El P. Roger Landry es sacerdote de la Diócesis de Fall River.
Esta homilía se adaptó con permiso de su sitio web, catholicpreaching.com.

